

TAMBIÉN EL AGUA

POR MIGUEL LISANTI



Carlos nació el 3 de enero de 1947. Mercedes el 15 de enero de 1948. La madre de ellos, María Faliti, se hizo cargo y crió a sus hijos, Ernesto y Mariano Espeche. Ella cumplía años el 22 de enero.

Carlos y Mecha se casaron el 5 de febrero de 1972. El 19 de noviembre de 1973 nació su primer hijo, Carlos Ernesto. El 3 de marzo de 1975 el segundo, Mariano. Carlos era hijo de Laura Díaz y Rafael Espeche. Mecha es hija de María Faliti y Juan Vega; Mateo era su nombre verdadero, pero como no le gustaba se hizo llamar siempre Juan: boxeador amateur, hincha de Boca y peronista. Cuando María se hizo cargo de sus nietos Juan ya había fallecido, más o menos un años antes. Los hermanos de Mecha son Juan Carlos, Elina “Negrita” y Eduardo.

La abuela María falleció el 20 de julio de 1993, con sus nietos ya ingresados a la Universidad Pública. Mariano estudió derecho, pero faltando un año dejó la carrera para dedicarse a la informática y a la edición audiovisual.

Ernesto estudió un año de derecho, al año siguiente se decidió por Comunicación Social, carrera de la que egresó en el 2000. En 2010 se recibió de Doctor en Comunicación Social, por la UNLP. Los temas de su tesina de grado y de su tesis doctoral giran en torno a la comunicación y los derechos humanos.

El 7 de junio de 1976 -día del periodista- Mecha fue secuestrada de su casa y desaparecida. El 28 de abril de 1977, dejaron sin efecto el contrato de Mecha en el hospital Luis Lagomaggiore.

Exactamente 26 años después, el 28 de abril de 2003, Ernesto tuvo su primero hijo, Marcos Ignacio, con su primera esposa, Verónica. El 19 de agosto de 2008 nació su segunda hija, Tania. EL 25 de marzo de 1977, el periodista Rodolfo Walsh fue asesinado y desaparecido tras la publicación de su Carta Abierta a la Junta Militar. 34 años después, el 25 de marzo de 2011 nació Fidel, el tercer hijo de Ernesto Espeche.

Mariano tiene dos hijos: Alejo Nahuel, que nació el 17 de julio de 1998; y Eva Luisana, que nació el 6 de mayo de 2011.

En 1998 Ernesto se unió a la agrupación H.I.J.O.S. En 2004 ganó el concurso como docente de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNCuyo. El 16 de noviembre de 2010 asumió como director de Radio Nacional Mendoza. Carlos y Mercedes - "Mecha"- eligieron como profesión la medicina. Se casaron en febrero de 1972. Su militancia, su compromiso y sus ideales nobles hicieron que su historia como médicos, así como sus vidas, fueran cortas pero intensas. Carlos daba clases en la Facultad de Medicina de la UNCuyo y trabajaba en el área de Residencias del Hospital Central. Mecha colaboraba en la peluquería de su madre y se desempeñó como médica en los hospitales públicos Lencinas y Lagomaggiore. Ambos compartieron la militancia en el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Entre tantas cosas hechas y tantos sueños perseguidos, en 1974 se instalaron en una humilde casa ubicada en la calle Sucre del barrio General Espejo, en Las Heras. Llegaron y se unieron a esa comunidad junto a su primer hijo: Ernesto. Trabajaron codo a codo con los vecinos para resolver necesidades sociales y sanitarias de la zona. Se hicieron cargo del Centro de Salud General Espejo, que por esos días se encontraba en condiciones deplorables, lograron reacondicionarlo para ponerlo dignamente al servicio de la comunidad. Cuando Mariano, su segundo hijo, estaba en camino, Mecha, Carlos y Ernesto debieron marcharse del Barrio. Las persecuciones políticas ya se hacían sentir. Corrían los primeros meses de 1975. La gestión barrial de Carlos y Mecha permitió la instalación de la red de agua potable para reemplazar al viejo tanque de agua que proveía a la zona y que estaba contaminado con aguas servidas, principal causa de los casos de hepatitis registrados por aquellos años allí. Tras el golpe cívico-militar de marzo de 1976, no se tuvieron más noticias de Carlos. Se estima que desde diciembre del año anterior estaba en Tucumán. El 7 de junio de ese mismo año, un grupo de tareas secuestró a Mecha de la casa de sus padres, ubicada en calle Ituzaingó de la Ciudad de Mendoza. Esa noche estaban presentes la madre, el hermano y los hijos de Mercedes. Hoy, Carlos y Mecha integran la lista de 30.000 detenidos desaparecidos que dejó como saldo el mayor genocidio que sufrió nuestro país. Sus hijos, Ernesto y Mariano, quedaron desde entonces al cuidado de María, su abuela materna.

Nunca supe el origen de mi pensamiento, pero sí sé que un día militaba en el Centro de Estudiantes junto a otros centenares de estudiantes contra las dictas blandas, éramos tantas agrupaciones que en las manifestaciones vos te mareabas viendo las siglas en los carteles yo le llamaba con cariño La sopa de letras, yo sabía que con muchas de ellas ocuparíamos la misma trinchera oportunamente. un día de repente, Cámpora ganó las elecciones y nos sentimos libres de ataduras y metimos todas las letras en una gran bolsa y la agitamos y fuimos hermanos todos de repente, y ganamos las calles y flameaban las banderas de todos los colores, y las siglas se mezclaron en un solo grito, recuerdo que el presidente de Cuba, Dorticos estuvo presente en su asunción. Yo me crié - como ya lo he contado- con poco padre, los motivos de su ausencia eran otros, era voluntaria su ausencia, dolorosa también. Entonces tomaba padres prestados de mis amigos, y recortaba pedacito de ellos, y los unía en una lámina imaginaria, para armar la figura del padre que después me tocó ser, y así me armé un padre, con retazos de los ajenos y piezas del rompecabezas del mío propio.

En la década del 70 los médicos teníamos la posibilidad de jurar por Dios, la Patria y el Honor, pero teníamos la opción de jurar por la Patria y el Honor.

Aquí en la UNC ellos, Carlos Espeche y Mercedes Vega deciden jurar por el juramento 874, el cual dice entre otras cosas textualmente juro "no permitir jamás que entre el deber y el enfermo se interpongan condiciones de religión, de nacionalidad, de raza, de partido, de clases, tener absoluto respeto por la vida humana desde el instante de concepción. En esos tiempos existía un aula en Córdoba y vos te tenías que parar desde el público para jurar, y vos eras como la oveja negra de la manada.

Mercedes Vega tenía matrícula 2713 y entró a trabajar como médica concurrente Ad Honorem en el Servicio de Enfermedades Infecciosa del Hospital Lagomaggiore, luego es designada Rentada como reconocimiento de servicio, Mercedes desapareció en marzo de 1976, y en enero del 77 la Asesoría Letrada del Hospital inicia un sumario en su contra por incumplimiento de función y abandono de trabajo.

Carlos Espeche tenía matrícula 2323 inscripto en setiembre de 1972, ingresa como médico residente en 1973 al Servicio de Clínica Médica del Hospital Central, y termina su residencia en 1975. El Servicio de Clínica médica quedaba en el quinto piso, era un largo corredor que quedaba en el ala oeste. Todavía existen las salas 507, 509 etc. Allí cada residente tenía a su cargo una sala con 8 enfermos y era supervisado por los médicos de segundo y de tercero y un jefe de Residentes. En la jerga éramos "los perros", nuestros mayores maestros eran las enfermeras, con ellas pasábamos las noches enteras, y allí nos hacíamos amigos de los enfermos, pasábamos navidades con ellos, y teníamos una sala de residentes con una mesa y unas cuantas sillas para evolucionar las historias clínicas, había un casillero y del otro lado cuatro camas, donde nos turnábamos para dormir la siesta y por la noche dormía el residente recién ingresado con el de segundo año, por las noches nos llamaban por un paro cardíaco y salíamos corriendo, dormíamos con el ambo como pijama, y allí intentábamos reanimar al padre de una niña o a una adolescente frente a la desesperanza de su padre.

A veces volvíamos con la vida en la sonrisa y otras con la muerte en una mueca a intentar dormir para pasar las próximas 36 horas dentro del Hospital, y vos mirabas por la ventana del quinto piso cómo la vida transcurría en la ciudad, y las sirenas de las ambulancias y de la policía y el nuevo mundo represivo que crecía allí abajo. Hubo médicos cómplices, colaboracionistas, y hubo de los otros.

Varias veces me he preguntado cual es el origen de la idea de juntar estos humildes elementos que voy a darle a la familia Espeche, y las únicas respuestas que encontré dentro de mí fueron las de aquella noche del 24 de marzo del 76, en tránsito desde el Hospital Central donde vine a rendir la residencia de clínica médica ya de vuelta hacia Córdoba, nos pararon con ametralladoras y trajes camuflados en el Arco Desaguadero, nos hicieron bajar nos pidieron documentos y seguimos viaje, a mi espalda quedaba Mendoza y en mi destino final la Ciudad de Córdoba.

En las noches siguientes comenzaron a perderse mis amigos compañeros de Córdoba, cada día desaparecían sus nombres en las noticias de la madrugada, por las noches se escuchaban sirenas y no los vi nunca más. Del único que tuve noticias fue del Cacho, un compañero militante que vivía enfrente de casa, en un conventillo. Allí las prostitutas le daban de comer y a veces lo hacían compartir sus camas, porque el Cacho era grandote, tenía el pelo largo y una barba espesa: un santiagueño de espaldas anchas. La última vez que lo vi estábamos en la cola de la Facultad de Arquitectura donando sangre para mandar a Chile, para los compañeros del golpe del hijo demonio de Gepetto.

Cuando vine a rendir la residencia a Mendoza, el Hospital Central también tenía ausencias. Corrían rumores acerca del médico residente de tercer año de Clínica Médica Carlos Espeche y de su ausencia... para mí eran noticias lejanas, todos en silencio ocultaban el miedo.

En uno de esos viajes a Córdoba, unos años después, encontré el nombre del Cacho en el libro de la Conadep. En invierno, habían dividido el patio del Cabildo por una cuerda, que dividía los presos comunes de los políticos... el Cacho le pidió sal a uno que estaba del otro lado de la cuerda y lo estaquearon, con los brazos en cruz. Allí quedó, con su barba, y sus ojos opacos mirando al cielo, y siempre que pienso en eso, tengo como una imagen que puedo mirar desde el aire, y lo veo escaso de ropas con los brazos en cruz, una mezcla de Che y de Jesucristo, qué sé yo.

Yo no soy escritor escribidor ni escribano, me gusta jugar con las palabras, darlas vuelta, torcerlas mirarlas en el espejo dividir las y sumarlas en sílabas, cambiarles el sentido, entonces un día me invitaron al Candil y allí conocí las entrañas de la Radio.

Pero me pasó algo raro con la Radio Nacional, siempre pasé por su puerta y la escucho desde que vale la pena escucharla, y un día subí sus gastados escalones y toqué el timbre y la puerta sonó y allí, y vibró su desvencijada puerta: esa que es un tembladeral, en ese umbral la comencé a querer, a sentir que es parte y de todos. Entonces el Julio Rudman y Miriam y Giménez, el Mario Avilme me hicieron sentar y sentir el Candil como mi otra casa, y vi aparecer a Espeche por las tardes de los martes. Y pensé en su padre y en mis años de médico, y en lo que a ambos nos faltó de padre y de madre también en su caso y en lo que para mí significaba que alguien me contara cosas de mi viejo... me alegraban la vida.

La joda con Ernesto era que él era el director de la Radio, un director de un medio, y se venía el 7 D y entonces pensé ¿qué otro director se puede merecer un abrazo en la víspera de la ley de medios? Y me puse a hurgar, a buscar como un aprendiz de detective movido tan solo por la esperanza de encontrar algo, cosas... qué sé yo.

Y arranqué pensando que el Hospital Central tiene archivos, y fui a la oficina de personal a pedirlos, medio atrevido, sin ninguna nota, solo apelando a la buena voluntad de los empleados de personal, y allí me dijeron que un día las fichas que no estaban en actividad habían sufrido una inundación con aguas tóxicas en un depósito y tuvieron que tirarlas, archivarlas en la basura del olvido, allí sin querer se acuñó la palabra médico resistente como parte de una broma macabra. Ya me habían aceptado la adscripción a la Dirección de la Mujer, pedida por Alicia Prada. Y andaba feliz como aún lo fui al trabajar allí, sintiéndome útil una vez más pero ahora desde una perspectiva de género.

Entonces un día pasé por una oficina que se parecía a un archivo, y me metí, y al comenzar a contar la historia ocurrió lo mismo que en el hospital, la gente se conmovió, y me dijeron que les diera unos días, y volví, y allí obtuve sus legajos de la Administración Pública

Entonces pensé, y me fui a la facultad de medicina, y le conté al decano de la facultad, Me recibió muy cordialmente. Dentro de la palabra cordial está cordis, que quiere decir corazón; dentro del recuerdo también está el corazón, y me ayudó. Y en sus ojos descubrí también la complicidad de la solidaridad, tendría que haber legajos... y allí la gente de nuevo me miró y tuvo gestos solidarios, complicidades, y me contaron que buscarían, que algunas fichas habían desaparecido en otros gobiernos que no pienso nombrar.

Y volví y aparecieron Patricia Vargas y la gente de Derechos Humanos de Las Heras me ayudaron a encontrar compañeros de Carlos Espeche, entonces me fui a la calle Sucre a la casa de Olga, y allí, dentro de su humilde casa me mostró una carpeta, ella atesora unos papeles, yo les saqué fotos, Olga me contó que Carlos se reunía con los vecinos del Barrio para aumentar la atención de la Salita, pedía Pediatras y Ginecólogos y atención permanente, Carlos pidió un análisis del agua de la zona. Había algo así como una epidemia de hepatitis en los barrios aledaños, Mercedes era médica del Hospital Lagomaggiore, médica infectóloga.

Yo sé positivamente que ellos conversaron de esto... esa es la ventaja de escribir como narrador omnisciente. Mercedes le dijo: " Mirá Carlos, buscá en el agua, acordáte que aquí tomamos todos agua de pozo, y puede que existan napas contaminantes como ocurre siempre en las zonas sísmicas". Uds, van a ver una imagen con la firma de Carlos donde ellos comienzan a solicitar la llegada al barrio de la red de agua potable, allí estaba el resultado donde informan que existía contaminación bacteriana, y pidieron el agua, y Carlos y la Mechi iban a las reuniones con los vecinos y atendían gratis a la gente del barrio, y ellos, los vecinos, se acuerdan de esas cosas.

Yo sé cómo es la gente pobre, es agradecida, te pueden pagar una consulta con un pollo o con huevos o con legumbres que crecen en el fondo de la ternura de sus casas.

Y Olga me invitó a caminar por el barrio. Salimos de su casa y encontramos la calle rota, todavía hacen arreglos de la red de agua potable, nos detuvimos en una casa cerquita de allí en Sucre al 2634, tiene rejas por la parte de afuera y está llena de macetas de plantas con vida que crecen caóticamente...saqué una foto y seguimos.

Y allí estaba, a la vuelta de la esquina: él. El tanque de agua, se erige como un animal mitológico sobre sus cuatro patas, y desde allí reparte el agua cristalina que lleva la memoria de ellos, los que se llevaron, la reparte en cada gota desde hace más de 40 años.

Carlos iba a las reuniones con Ernesto que tenía 2 años y que pasaba de mano en mano porque era muy llorón, y cuando la Mechi trabajaba, embarazada, el Carlos le daba la mamadera o lo cambiaba ante la mirada absorta de las vecinas. Y volvimos, fuimos al Centro de Salud, lo que antes era la salita ahora es un Centro de Salud, grande, con atención de varios especialistas. Y allí saqué fotos, me atendieron gentilmente y hablé con el director. Él me dijo que lo conoció a Carlos, fue alumno suyo en la cátedra de anatomía donde él era ayudante alumno. Una semana después conseguí el certificado de Carlos, era ayudante

alumno de la Cátedra de Anatomía, rentado, por concurso, lo fue durante tres años.

Entré hasta el fondo del Centro de Salud, atestado de gente, gente humilde que espera con la esperanza en brazos...

Hace unos años en mi patria se eligió un presidente con el 20 y pico por ciento de los votos. Yo estaba en cama, recién operado: ese hombre sería el artífice en hacer que la sopa de letras volviera a ser custodio de un gobierno, que nos representa a todos, aún a los irrepresentables.

Y llegó la justicia y a los 60 años salí a la calle a militar.

Esto es tan solo una carta y una carpeta, rescatada de oficinas donde estaban destinadas al olvido, hay datos que no se obtuvieron porque se destruyeron por el tiempo transcurrido y hay otros que tal vez no estén para el 6 D.

Esto es tan solo un grano de arena para reconstruir el pasado, un pasado sin odio pero que clama por justicia, el pasado de un amor unido por una pasión común, unido por las convicciones, por la empatía, un pasado que le da sentido a la vida incluso cuando en ese camino nos los hayan robado, pero también es una historia de amor.

Faltan pocas horas para el 7D, brindo por aquellos que hicieron el pasado, por los que hacemos el presente y por los que deberán defender el futuro.

Ellos se fueron para siempre en marzo del 76: siguen vivos en la sangre de Ernesto y de Mariano, y en las venas de cada uno de nosotros que no olvidamos porque cada día armamos como niños torres con trocitos de memoria.